

F1232

I8

96



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS.

156278

EL LIBERTADOR DE MEXICO

D. AGUSTIN DE ITURBIDE nació en la ciudad de Valladolid (hoy Morelia) el día 27 de Setiembre de 1783. Fueron sus padres D. Joaquin de Iturbide, natural de Pamplona en el reino de Navarra, y D^a Josefa de Arámburu, ambas personas distinguidas y dotadas de medianos bienes de fortuna. Siendo muy niño, se salvó de un incendio casi maravillosamente, segun las noticias que de este suceso se conservan en su familia. Aprendido que hubo las primeras letras, estudió gramática latina en el seminario conciliar de su patria, pero no continuó la carrera literaria por haberse dedicado á administrar una hacienda de su padre, cuando solo tenia 15 años de edad. En este tiempo (1798) tomó la charretera de alferez en el regimiento de infantería provincial de Valladolid, de

quien era coronel el conde de Casa Rul, dedicándose al servicio militar, sin descuidar por eso los intereses de su casa. En 1805 casó con D^a Ana María Huarte, su compatriota, de una familia igualmente distinguida que la suya. Poco despues marchó al canton militar que formó en Jalapa el virey Iturrigaray. Regresó á Valladolid, y contribuyó en 1809 á impedir allí un movimiento revolucionario en favor de la independencia, considerándolo inmaturo, y más que todo, desordenado. Estalló nuevamente la revolucion en 16 de Setiembre de 1810, acaudillada por D. Miguel Hidalgo, cura del pueblo de Dolores en Guanajuato, bajo un plan todavía ménos ordenado que el anterior, y dando lugar á considerables excesos. Los principios que en él se invocaban eran poco conformes con las necesidades políticas de la Nueva-España, y sobre todo, los hechos que se les siguieron, excitaron una alarma general y un profundo disgusto, aun entre aquellas personas que deseaban con más ardor la independencia, pero que la querian por medios justos y convenientes. El exterminio de los españoles, y el ningun respeto á la propiedad, eran la señal y el aliciente de aquel movimiento. Confundiendo Hidalgo los caracteres de una revolucion con los de un tumulto, no hizo más que excitar las pasiones: levantar masas des-

organizadas, incapaces de moralidad y disciplina: ejecutar degüellos inútiles en Guanajuato, Valladolid y otras ciudades: difundir una alarma general: desacreditar por mucho tiempo la causa de la independencia; é imprimir sobre sí una nota perpetua, que nada podrá borrar. Por los papeles de aquella época, se ve que sus mismos compañeros, y más que todos Allende, desaprobaban su conducta, á lo que él satisfacía diciendo, que no encontraba otro modo de llevar su empresa al cabo; como si en este caso no fuera preferible ponerla en mejores manos, ya que las suyas carecian de destreza para dirigir un movimiento verdaderamente nacional, y de vigor para reprimir los excesos á que daba lugar el plan adoptado. Todo el que toma á su cargo una empresa superior á sus fuerzas, es culpable de los males que ocasiona. Hidalgo invitó á Iturbide á tomar parte en el movimiento, ofreciéndole hacerlo teniente general, pero éste se rehusó. La propuesta dice el mismo Iturbide en el Breve diseño crítico de la emancipacion y libertad de México, que publicó en Lóndres en 1824, “la propuesta era seductora para un jóven sin experiencia y “en la edad de ambicionar; la desprecié, sin embargo, porque me persuadí de que los planes del “cura estaban mal concebidos; ni podian producir “más que desórden, sangre y destruccion, y sin que

“ el objeto que se proponia llegara jamas á verifi-
 “ carse. El tiempo demostró la certeza de mis
 “ predicciones. Hidalgo y los que le sucedieron,
 “ siguiendo su ejemplo, desolaron el país; destru-
 “ yeron las fortunas; radicaron el ódio entre Eu-
 “ ropeos y Americanos; sacrificaron millares de
 “ víctimas; obstruyeron las fuentes de la riqueza;
 “ desorganizaron el ejército; aniquilaron la indus-
 “ tria; hicieron de peor condicion la suerte de los
 “ americanos, excitando la vigilancia de los espa-
 “ ñoles, á vista del peligro que los amenazaba;
 “ corrompieron las costumbres; y léjos de conseguir
 “ la independenciam, aumentaron los obstáculos que
 “ á ella se oponian.” Hemos copiado estas palabras
 textualmente; para que los lectores vean por ellas,
 cómo juzgó siempre de la primera insurreccion el
 autor de la independenciam de México.—Viendo
 Hidalgo que no podia atraerlo á su partido, le
 propuso permaneciese neutral, ofreciéndole un sal-
 voconducto para su padre y familia, y dejar sus
 fincas exentas de ser saqueadas é incendiadas, lo
 que prueba que estos desórdenes se hacian con
 conocimiento, por lo ménos, del mismo Hidalgo.
 Iturbide desechó esta segunda proposicion. “Siem-
 pre consideré criminal” (dice él en el opúsculo ci-
 tado), “al indolente cobarde que en tiempo de
 “ convulsiones políticas se conserva apático espec-

“ tador de los males que afligen á la sociedad,
 “ sin tomar en ellos una parte para disminuir al,
 “ ménos los de sus conciudadanos: salí, pues, á
 “ campaña para servir á los mexicanos, al rey de
 “ España y á los españoles.”

Hizo siempre con buen éxito la guerra. Eran
 seguros sus planes, acertadas sus disposiciones, é
 infatigable su actividad. Cuando Hidalgo se aproxima-
 maba á México con más de 80.000 hombres, Itur-
 bide se hallaba en San Felipe del Obraje con solos
 34. Acompañado de este pequeño número, fué á
 reunirse, de órden del virey, á la division de D. Tor-
 quato Trujillo, en Ixtlahuaca, y se ensayó por
 primera vez en el ejercicio de las armas en la me-
 morable accion de las Cruces, desempeñando las
 más peligrosas comisiones con el sereno valor del
 más aguerrido veterano. Obtuvo en premio ser ca-
 pitan de una compañía del batallon provincial de
 Tula, pasando á servir en el Sur, á las órdenes
 del comandante de Tasco, García Rio. Habiéndose
 enfermado en aquel clima malsano, vino á Méxi-
 co á reponer su salud, lo que le libró de haber pe-
 recido despues con su gefe, á manos de Morelos.
 Fué posteriormente á la provincia de Michoacán,
 su patria, y de allí á la de Guanajuato, con el ca-
 rácter de segundo del comandante general, García
 Conde. No hubo accion de empeño en que no se

distinguiése, persiguiendo á los insurgentes sin intermision. Allí contribuyó eficazmente á cortar el fuego de la revolucion, que se encendia de nuevo con las correrías de Albino García, á quien sorprendió y capturó. Mereció cada grado de su carrera por algun triunfo, llegando en poco tiempo á ser coronel del regimiento de Celaya. Acusarlo de cruel los panegiristas de la primera revolucion, porque hizo varias ocasiones fusilar á los prisioneros insurgentes, como si estos no hicieran lo mismo con los prisioneros contrarios, y con los que no lo eran, siempre que los consideraban sospechosos, ó tenían bienes, mutilándolos, y cometiendo con ellos toda clase de crueldades. Además, quemaban las haciendas y las casas haciendo una guerra de exterminio. Los nombres de Vicente Gomez, Arroyo, Pedro Ascencio y otros muchos, serian famosos en los fastos de la ferocidad. Pretender en estos el derecho de fusilar indistintamente á cuantas personas querian; concederlo á Hidalgo para los degüellos á sangre fria, del Cerro de las Bateas y otros lugares; disculpar las matanzas de los españoles pacíficos avecindados en Tehuacan; olvidar la "Palma del Terror" de Cerro Colorado, y declarar contra las ejecuciones que por justa represalia hacian las tropas realistas, no es escribir la historia con imparcialidad. Si Iturbide hubiera caído

en manos de sus enemigos, es indudable que hubiera sido víctima inmediatamente, sin auxilios de ninguna clase. El conocia que la guerra debia hacerse sin tregua y sin intermision. En el curso de sus campañas acudió en union de Llanos al socorro de Valladolid, cuando esta plaza fué atacada á fines de 1813 por todo el ejército de Morelos, compuesto de varias divisiones: la que llevaba el nombre del mismo Morelos y las de Navarrete, Matamoros y otros gefes notables de la insurreccion, hasta el número de 19.050 hombres de todas armas, con 30 piezas de artillería de varios calibres, y un inmenso acopio de municiones. Morelos dió sus disposiciones de ataque, circunvalando la ciudad, cuando entraron en ella, burlando la vigilancia de los sitiadores, las cortas fuerzas de Llano y de Iturbide. Este volvió á salir de órden de su gefe principal, con 160 infantes del regimiento de la Corona, Fijo de México y compañía de marina, y 190 caballos de Fieles del Potosí, Dragones de San Luis y San Carlos, y lanceros de Orrantia á practicar un reconocimiento, sobre el campo contrario. Iturbide se adelantó al enemigo, llevando los infantes á la grupa de los caballos; y abandonando el reconocimiento, empeñó la accion, rompiendo la línea de infantería insurgente. Bajó en apoyo de ésta un cuerpo numeroso de caballería, pero lo rechazó,

dirigiendo entónces su ataque al campamento mismo de Morelos, defendido por 27 cañones, teniendo que tomar una subida estrecha y difícil, dominada de los fuegos contrarios. En esto sobrevino la noche, esparciendo la confusion y el desórden en el campo de Morelos, que se vió en riesgo de ser hecho prisionero. Los insurgentes, creyendo que los realistas permanecian entre ellos, comenzaron á hacerse fuego unos á otros, durando así una parte considerable de la noche. Iturbide los dejó en este estado, regresando á la ciudad con cuatro piezas de artillería, que les tomó, y dos banderas, arrancadas en el mismo campamento enemigo. "Esta accion, dice un historiador verídico y exacto de los sucesos de México, "más que una funcion "de guerra se asemeja á las ficciones de los libros "de caballería, en que un paladin embestia y "desbarataba á una numerosa hueste: en ésta, "Iturbide con 360 valientes, acomete en su propio campo á un ejército de 20.000 hombres acostumbrados á vencer, con gran número de cañones, "y vuelve triunfante entre los suyos, dejando al "enemigo en tal confusion, que realizándose la "fábula en que la fecunda imaginacion del Ariosto, finge que la Discordia, conducida por el Arcángel San Miguel, de órden de Dios, se introduce "al campo de los moros, y hace que estos se des-

"truyan, peleando entre sí, los insurgentes combaten unos con otros, y llenos de terror, se ponen "todos en fuga, el primero Morelos, con su escolta "llamada de los cincuenta pares, abandonando "artillería, municiones y todo el acopio de pertrechos, hecho á tanta costa y en tanto tiempo, "para venir á ponerlo en poder del enemigo. En "vano Matamoros, Galiana, Bravo, Sesma y algunos otros trataron de contener á los que huían; casi todos los abandonaron, no pudiendo "reunir 200 hombres de tan gran multitud, y tuvieron que ceder al impulso general."

El mismo Iturbide, al mencionar rápidamente en su manifiesto sus campañas, dice: "Siempre fui "feliz en la guerra: la victoria fué compañera inseparable de las tropas que mandé. No perdí "una accion: batí á cuantos enemigos se me presentaron ó encontré, muchas veces con fuerzas "inferiores, en proporcion de uno á diez y ocho, "ó veinte. Mandé, en gñe, sitios de puntos fortificados: de todos desalijé al enemigo, y destruí "aquellos asilos en que se refugiaba la discordia. "No tuve otros contrarios que los que lo eran de "la causa que defendia ni más rivales que los "que en lo sucesivo me trajó la envidia por mi "buena suerte: ¡á quiénde faltaron cuando le li- "sonjeó la fortuna?" Estas palabras nada tienen

de exageradas. Iturbide solo una vez tuvo que retirarse, y esto honrosamente, cuando en el año de 815 atacó, de órden de Llanos, el cerro de Cóporo, punto militar inaccesible y bien fortificado. Obedeció la órden que se le daba, manifestando al emprender el movimiento, que el éxito era imposible, con la fuerza y recursos que tenia á sus órdenes.

Al año siguiente obtuvo el mando de las provincias de Guanajuato y Valladolid, y del ejército del Norte. Algun exceso de severidad y algunas medidas violentas, propias en los hombres nuevos, constituidos en autoridad, y favorecidos por la victoria, concitaron contra él la animadversion de casas y personas influentes de Guanajuato y Querétaro, las cuales dirigieron al virey fuertes acusaciones en su contra. Iturbide se queja de que la calumnia obraba en ellas. Es muy natural, que á los hechos verdaderos se añadiesen otros falsos, y que en todo se mezclase la exageracion. El gobierno sentenció á favor de Iturbide, pero lo retiró de todo mando; lo que da idea, por una parte, del carácter de la acusacion, y por otra, de que el gobierno vireinal no fiaba mucho de los gefes mexicanos, que más se habian distinguido en sostener la causa de la metrópoli, aprovechando la primera coyuntura que se le presentaba, para nulificar su

nflujo en el ejército. Ya el célebre Abad y Queipo, obispo electo de Michoacan, habia previsto que la fama y victorias de Iturbide, podian ser más adelante fatales para la causa de España.

Retirado entónces á la condicion privada, dió pábulo á los deseos de independenciam, que alguna vez habia manifestado. Durante el sitio de Cóporo, lamentó un dia, con su amigo Filisola, aquel derramamiento de sangre, ponderando la facilidad con que la independenciam se lograria, si se pusieran de acuerdo los mexicanos; bien que concluyendo con la necesidad que en su concepto habia de reprimir ántes á los insurgentes, cuyas máximas y acciones eran un impedimento invencible para lograr un fin, que contaba con tanto número de votos.

Proclamóse el año de 1820 la constitucion española, por un movimiento revolucionario. Una division destinada en la Península á continuar la guerra en la América del Sur, dió el primer grito eludiendo con él la órden de marcha que se le habia dado. El movimiento se hizo general, y pronto se sintieron sus efectos en México. Con la libertad de imprenta y con la discusion de las teorías políticas que comenzaron á fermentar, despertó con nueva fuerza el espíritu de independenciam que estaba como dormido; y el ejemplo de las tropas españolas, para no hacer la guerra en América, dis-

puso á las mexicanas á proclamar la independencia de su patria. Los españoles mismos estaban divididos: la gente acomodada del país deseaba evitar una guerra estragosa como la pasada, y no veía para evitarla otro medio que el realizar la separacion de la madre pátria; por último, los decretos sobre materias eclesiásticas, con que se ensayaron las córtes de España, produjeron en México un descontento profundo, declarándose toda la gente piadosa por la independencia. La opinion se hizo general, y nada era capaz de contenerla. Iturbide la conoció perfectamente, y sacó de ella, con habilidad, todo el partido posible. Aleccionado con los desaciertos de Hidalgo, concibió un plan enteramente diverso, que él mismo redactó con admirable sagacidad. Fijó en él tres bases cardinales: y fueron: la religion, la union entre españoles y americanos, y la independencia. Con la primera imprimia un carácter venerable á su plan; cuanto hay grande, útil y sólido en la América española, se debe al catolicismo, que fué el que civilizó á sus naturales y formó la sociedad actual: con la segunda organizaba é infundia nueva vida al orden civil, peligrosamente herido con los planes de ódio y exterminio de los primeros insurgentes; y con el tercero daba origen á un nuevo sistema político, indispensable en aquellas circunstancias, en que el orden antiguo parecia

sin remedio, por el desconcierto en que acababa de entrar toda la monarquía española. Proponia la ereccion en México de una monarquía, con un congreso, ofreciendo la corona en primer lugar á Fernando VII, monarca reinante entónces en España; en segundo, á alguno de los príncipes sus hermanos, y por último, al archiduque Carlos ú otro individuo de casa reinante que designase el congreso mexicano. A estas tres bases dió su autor el nombre de garantías, con que fué conocido su plan generalmente.

Procuró en seguida obtener algun mando militar, que pusiese á su disposicion tropas y recursos con que dar principio á su empresa. Lo logró sin dificultad, habiendo alcanzado varias personas influyentes, con quienes comunicó una parte de su proyecto, que el virey lo pusiese al frente de las fuerzas que debian combatir en el Sur con los últimos restos de la insurreccion, que quedaban allí, acaudillados por D. Vicente Guerrero. Salió Iturbide de México el dia 16 de Noviembre de 1820, logrando llevar consigo, para aumentar sus fuerzas, el regimiento de infantería de Celaya, de que habia sido coronel. Estableció su cuartel general en Teololoapam, donde empezó á atraer á su partido á los gefes y oficiales, que se acababan de poner á sus órdenes. Ascendian todas las tropas de que

podía disponer á 2.479 hombres, con los cuales se decidió á proclamar la independéncia de México. Para ganar tiempo y adormecer al gobierno, en quien temia se hubiesen despertado algunas sospechas, trabó algunas acciones parciales con las tropas de Guerrero, no habiendo sido en ellas muy feliz. Hubiera querido terminar completamente la revolucion del Sur para dar principio á la suya; pero viendo que esto no le era posible y que los momentos urgian, entró en relaciones con Guerrero, despachando al mismo tiempo emisarios de toda su confianza, para atraer al plan de independéncia á muchos gefes acreditados del ejército español, cuales eran Quintanar, Barragan y Pares, en Michoacan; Bustamante y Cortazar en Guanajuato; y otros en diversos puntos, siendo uno de sus primeros cuidados ganarse al brigadier Negrete, que aunque español, era del partido liberal y habia dejado entrever opiniones favorables á la independéncia. Puesto Guerrero de acuerdo con Iturbide, comunicó éste al virey que la revolucion estaba concluida, y los disidentes reducidos á sus órdenes; con lo que el virey entró en grande confianza. Necesitaba Iturbide dinero para la campaña que iba á abrir, y una casualidad lo puso en sus manos. Con la noticia de la pacificacion del Sur, salió de México para Acapulco una conduc-

ta de 525.000 pesos de que se apoderó Iturbide, con promesa solemne de pagarla: algunos aseguran que obró en esto de acuerdo con los principales dueños del dinero. Como quiera que sea, la accion no es justificable, y con ella se dió un golpe de muerte á la moral y á la confianza pública. Apoderado de estos elementos, y con extensas relaciones en todas las provincias (siendo de notar el silencio y secreto con que todos sus agentes y correspondientes obraban) proclamó solemnemente, el dia 24 de Febrero de 1821, en el pueblo de Iguala, el plan de independéncia de que hemos hablado, y que por tal motivo es conocido en nuestra historia con el nombre de Plan de Iguala, acompañándolo con una proclama dirigida á todos los habitantes de Nueva-España, sin distincion de origen y nacimiento. Los gefes y oficiales de las tropas todas que estaban á sus órdenes, con pocas excepciones, secundaron gustosos el plan y juraron sostenerlo, invitando á Iturbide á tomar el empleo y tratamiento de teniente general, cosas que rehusó con prudente moderacion. “Mi edad madura, “les dijo, mi despreocupacion y la naturaleza “misma de la causa que defendemos, están en “contradiccion con el espíritu personal de engrandecimiento. Si yo accediese á esta pretension.... “¿qué dirian nuestros enemigos? ¡y qué, en fin,

“la posteridad? Léjos de mí cualquiera idea, cualquier sentimiento que no se limite á conservar la religion adorable que profesamos en el bautismo, y á procurar la independencia del país en que nacimos. Esta es toda mi ambicion, y esta la única recompensa á que me es lícito aspirar.” Hiciéronsele nuevas instancias, que rehusó, conviniendo únicamente en tomar el título de *Primer gefe del Ejército*, “sin perjuicio de otros oficiales más beneméritos, á cuyas órdenes serviria con la más sincera complacencia, en calidad de soldado.” Levantóse una acta que firmaron españoles y mexicanos indistintamente. ¡Cuán diverso apareció este plan de concordia, del de odio y de exterminio del pueblo de Dolores! Al dia siguiente, prestó el mismo gefe, toda la oficialidad y la tropa juramento, concebido en los términos siguientes:

“¿Jurais á Dios y prometeis bajo la cruz de vuestra espada, observar la santa Religion Católica, Apostólica, Romana?—Sí juro.

“¿Jurais hacer la independencia de este imperio, guardando para ello la paz y union de europeos y americanos?—Sí juro.

“¿Jurais la obediencia al Sr. D. Fernando VII, si adopta y jura la constitucion que haya de hacer-

se por las córtes de esta América Septentrional?—Sí juro.

“Si así lo hiciéreis, el Señor Dios de los ejércitos y de la paz os ayude, y si no os lo demande.”

Hé aquí un plan fijo en que estaban bien expresadas las necesidades de la nacion, sus deseos y su bienestar futuro. Seria necesaria la guerra para llevarla á efecto; pero él mismo indicaba que no tenia más objeto que la concordia y la paz, fin único y exclusivo de toda guerra justa.

Iturbide poniéndose entónces al frente de las tropas, les habló en estos términos: “Soldados: habeis jurado observar la religion Católica, Apostólica, Romana: hacer la independencia de esta América: proteger la union de españoles, europeos y americanos, y prestaros obedientes al rey bajo de condiciones justas. Vuestro sagrado empeño será celebrado por las naciones ilustradas: vuestros servicios serán reconocidos por vuestros conciudadanos, y vuestros nombres colocados en el templo de la inmortalidad. Ayer no he querido admitir la divisa de teniente general, y hoy renuncio esta: “la de coronel que arrojó al suelo.”—La clase de compañero vuestro llena todos los vacíos de mi ambicion. Vuestra disciplina y vuestro valor me llenan del más noble orgullo. Juro no abandonaros en la empresa que hemos

“abrazado y mi sangre, si necesario fuere, sellará mi eterna felicidad.” Los gritos y aplausos de los soldados fueron la contestacion de esta breve arenga. En seguida, las dianas, repiques de campanas, músicas y cohetes dieron señal del júbilo de la tropa y el pueblo. Iturbide dió parte al virey de lo ocurrido, y comenzó á difundir su plan con profusion. D. Miguel Torres, con 600 hombres secundó el movimiento en Sultepec: Cuiliti hizo otro tanto con la seccion de Zacualpam; la plaza de Acapulco, ocupada por una division del regimiento de la corona, al mando de D. Vicente Endérica, se declaró por la causa de la independencia: el teniente coronel Berdejo se pronunció en Chilpantzingo, y en todas partes la opinion comenzó á manifestarse sin embozo, y á obrar públicamente. Recibióse en Iguala una imprenta comprada en Puebla, y empezó el Dr. D. José Manuel Herrera, á publicar un periódico titulado el Mexicano Independiente, á que hacia eco, de una manera disimulada, pero epigramática y punzante, la Abeja Poblana, redactada por el Dr. D. Juan Nepomuceno Troncoso y D. José María Moreno. Este periódico contribuyó más que otro alguno á generalizar las ideas de independencia.

El virey, luego que tuvo noticia de lo ocurrido, trató de formar un ejército con que sofocar en su

cuna la nueva revolucion, y al efecta hizo venir á la capital algunos de los cuerpos expedicionarios, de quienes tenia más confianza, y adelantar algunas tropas de Cuernavaca. Nombró á D. Pascual de Liñan gefe del referido ejército: á Armijo, mexicano por nacimiento, pero enteramente decidido por la causa española, comandante del Sur; y circuló una proclama procurando neutralizarse en ella el efecto que debia producir el plan de Iturbide. ¡Débiles esfuerzos! La opinion pública estaba declarada por la independencia. Sin embargo, en los primeros dias Iturbide se vió en circunstancias angustiadas. Sus tropas sufrieron una desercion que las redujo á la mitad de su número: las logias mosónicas, dirigidas por españoles liberales, empezaron á obrar contra Iturbide para conservar en México un apoyo á la constitucion española; y por último, en Acapulco se verificó una reaccion realista que puso de nuevo aquel puerto á disposicion del gobierno.

Iturbide tuvo en Toloapam una entrevista con Guerrero, de cuyas tropas conoció que no podia sacar mucho provecho, y así hubo de dejarlas en el Sur. Persuadido de que la inaccion le era perjudicial, emprendió marchar al Bajío. En su tránsito empezó á recibir noticias más lisonjeras, puesto que en diversos puntos comenzaba á ge-

neralizarse la revolucion. D. Vicente Filisola y D. Juan José Codallos, secundaron en Zitácuaro, con todas las fuerzas que tenían á sus órdenes el plan de Iguala: D. Luis Cortazar hizo otro tanto en el pueblo de los Amoles, ocupando en seguida á Salvatierra y á Celaya: D. Anastasio Bustamante se pronunció ocupando á Guanajuato, con lo que quedó por Iturbide todo el Bajío: adquisicion importante á que él aspiraba por los recursos de que aquel país abunda: en fin, D. Miguel Barragan en Ario, y D. Juan Dominguez en Apatzingan, dieron impulso al movimiento de la provincia de Michoacan.—Iturbide llegó á Zitácuaro, y de allí pasó á Acámbaro, á mediados de Abril de 1821, donde contó ya con más de 6.000 hombres útiles para la campaña. A fin de adquirir mayor popularidad, hizo á los soldados y á los pueblos promesas lisonjeras, ofreciendo á los primeros libertad de servicio y tierras en que establecerse, y á los segundos rebaja de contribuciones, reduciendo las alcabalas á lo que habían sido pocos años ántes, en los tiempos normales del gobierno español, y aboliendo los impuestos creados para sostener los cuerpos voluntarios de realistas. Dictó sus disposiciones para tomar la ofensiva sobre las tropas del gobierno, y tuvo una entrevista por medio de D. Pedro Celestino Negrete

con D. José de la Cruz; ambos gefes españoles de mucha nombradía. Al primero logró atraerlo á las filas de su ejército, y al segundo mantenerlo neutral.

Entre tanto cundia la revolucion rápidamente. D. Ignacio Inclán la proclamó cerca de Toluca, y aunque fué prontamente desbaratado y hecho prisionero, obligó al gobierno á no divertir sus tropas con expediciones distantes: el Dr. Magos hizo otro tanto en Ixmiquilpan: D. Nicolás Bravo tomó partido en Iguala, y comenzó á levantar alguna gente en Chilpanzingo y en Tixtla; pero viendo que la opinion no le era muy favorable en estas dos poblaciones, se dirigió á Izúcar, donde reunió en breve 500 hombres: Osorno antiguo insurgente se declaró por el nuevo plan en los Llanos de Apam: los oficiales de la Columna de granaderos salieron con este cuerpo de Jalapa, dirigiéndose á Perote, donde dieron el mando á D. José Joaquin Herrera: D. José Martinez cura de Actopam, cerca del mismo Jalapa, puso en insurreccion aquellas inmediaciones: D. José Martinez, militar, y D. Francisco Miranda hicieron otro tanto en las cercanías de Orizaba, cuya plaza rehusó entregarles su comandante D. Antonio López de Santa-Anna, no fiándose en la organizacion y disciplina de la gente allegadiza que los seguia; pocos dias despues la puso á disposicino